**Dossier sobre Haití**

**Tropas élites-USA en Haití; Abinader, Henry y la manipulación de la CARICOM**

[Narciso Isa Conde](https://kaosenlared.net/autor/narciso/), 13 de marzo de 2024, <https://kaosenlared.net/>

Estados Unidos decidió desplegar en Haití un contingente-elite de seguridad de su cuerpo de Marina, argumentando la “necesidad de protección a su embajada” y el “deterioro de seguridad en Haití”. La información fue dada a conocer en su portal digital *Marine Time.*

En el caso haitiano se trata de una especie de “cabeza de playa” y “plataforma de inteligencia militar” que, al esgrimir como pretextos la “protección de su embajada” y “la inseguridad provocada por las bandas parapoliciales y terroristas, raya en el colmo de la simulación y el cinismo.

Esto me recuerda el pretexto empleado para invadirnos el 28 de abril, con el disfraz de Fuerza Interamericana de Paz (FID).

Es imposible obviar que las bandas terroristas para-policiales fueron creadas por la CÍA y los “paracos” colombianos, y armadas desde EEUU-

 El contingente de marines que llegó a Haití  es  una cabeza de playa y la plataforma de inteligencia militar de una intervención mayor, y más que  una decisión de Biden (que por demás “chocea”), es una determinación del “gobierno profundo” estadounidense; implementada por el Pentágono y la CIA, que previamente usaron a Guy Philippe y activaron bandas terroristas bajo su control, para sembrar más caos y crear una situación que facilitara desplazar a Henry, crear (con el respaldo de un CARICOM sensiblemente doblegado) el gobierno colegiado de transición y  justificar la intervención en mayor escala.

Todo indica que EEUU se ve obligado a hacerlo con un primer paquete de tropas élites propias, por las dificultades no superadas del proyecto intervencionista con la policía de Kenia, acompañada de otros países africanos y caribeños.

EEUU, manipulando el CARICOM y la ONU, con el concurso de Canadá, Francia y Brasil, se decidió a escoger un Consejo de Gobierno Presidencial para la Transición.

Cual sea la reconfiguración de la Administración Biden ante la crisis que el poder imperialista occidental ha creado en Haití, lo que siempre determina sus decisiones fundamentales es la “mano invisible” del gobierno profundo en función del escenario político-militar.

Con todo, y a pesar de todo: en escenarios de ese tipo es recurrente la tesis ya clásica del filólogo y filósofo anti-imperialista Noam Chomsky, la cual reza así: “ellos (los jorocones del Imperio) crean el problema y crean la solución”; y yo agrego: ¡siempre a tono con sus espurios intereses!

 En ese contexto es muy importante que la coalición *SOLIDARIDAD DOMINICANA CON HAITÍ*, en la rueda de prensa del pasado viernes 8 de marzo, se haya pronunciado de esta manera:

“La creada situación que sufre la sociedad haitiana, demanda un respaldo a las fuerzas políticas y sociales que en Haití reclaman:”

* “… destitución del gobierno de facto del PHTK, representado por el primer ministro Ariel Henry, nombrado mediante un tweet por EEUU y la ONU, que además apoyó la Federación de las Pandillas; gobierno mafioso que el pueblo haitiano movilizado ha rechazado desde el primer momento.”
* “… cese del terror de las bandas paramilitares creadas y armadas por EEUU, que atacan a las barriadas pobres y jamás a los ricos, ni a sus propiedades, el rechazo de cualquier fórmula de intervención militar fraguada por EEUU y el Core Group.”
* …un gobierno de ruptura y transición que reorganice el Estado y llame a elecciones democráticas; y que, además, con ayuda de países amigos, reestructure las instituciones dedicadas a combatir la violencia, contrarresten el tráfico de armas y municiones desde puertos de EEUU hacia Haití,”
* “,.. rechazo categórico a las manipulaciones de la Casa Blanca, y CARICOM para imponer otro títere que sustituya a Ariel Henry, y facilite la intervención militar en preparación, “
* “, enérgica condena a las pretensiones de mafiosos como Guy Phillipe y a las manipulaciones de connotados jefes de bandas paramilitares como Jimmy Chirizier (Barbecue), que procuran hacerse del gobierno. ¡Algo absolutamente inaceptable!”
* “…exigirle a la comunidad internacional colonialista que le pague al pueblo haitiano la inmensa deuda social y económica, respete su autodeterminación y cese el cruel coloniaje racista que lo oprime y discrimina.”

**EEUU instó a Abinader a no recibir a Henry**

Abinader dijo recientemente que Henry “no es grato en República Dominicana” y lo dice ahora, no por decisión propia, sino porque el Departamento de Estado se lo solicitó; instancia imperial que antes de su actual decisión de sacarlo de la presidencia de facto, lo nombró vía twitter y lo protegió. Actitud a la que el presidente dominicano se sumó, al extremo de constituirse junto Ariel Henry en los principales portavoces de la intervención militar.

Miren cómo sucedieron las cosas:

Diplomáticos de nuestro país, por mandato del Canciller dominicano y del presidente Luis Abinader, después de constatar la imposibilidad de la entrada de Henry por el aeropuerto de Puerto Príncipe, se prestaron a acordar su venida a nuestro país para ser trasladado a Haití en un helicóptero de alta seguridad.

Sobre esa base, el avión presidencial tomó la ruta a Santo Domingo, pero antes de arribar se violó ese acuerdo y se le impidió aterrizar.

La orden emana de la Casa Blanca y fue entonces cuando desviaron el vuelo hacia Puerto Rico, donde lo recibió el FBI y autoridades federales.

No se trató de una iniciativa de Abinader, cuya supuesta solidaridad hacia Haití es similar a la del gran verdugo de ese pueblo: EEUU; asumiendo nueva vez el rol de un gobernador de colonia en esta parte de la isla

Sencillamente a la Casa Blanca no le convenía, no se ajustaba a su agenda insular del momento, el retorno de Henry a Haití a través de República Dominicana, mientras no estuviera definida la fórmula de transición y confirmada su dimisión.

**Transición made in USA con apoyo de la CARICOM**

La reciente reunión del CARICOM en Jamaica contó con la relevante presencia de EEUU, Canadá y Brasil, países con antecedentes de intervención militar en Haití y actualmente involucrados en el nuevo proyecto intervencionista.

El Secretario de Estado de EEUU, Anthony Blinker, habló cínicamente de una “solución haitiana a la crisis haitiana”, pero previamente el Comando Sur del Pentágono instrumentó el despliegue de sus marines que desembarcaron en Puerto Príncipe.

La mayoría de los países del CARICOM pasaron en corto plazo de reprobar una nueva intervención militar en Haití, a respaldar la determinación del Pentágono de orquestar una fuerza militar-policial multinacional bajo su control.

El CARICOM apoyó la resolución 2699 de la ONU que aprobó esa determinación con la modalidad del aporte de la policía de Kenia y de algunos países africanos y del Caribe anglófono.

El acuerdo de Jamaica, contenido en la declaración final de los “Socios de la CARICOM y partes interesadas haitianas”, excluye expresamente de la composición del nuevo Consejo Presidencial de Transición a “cualquiera que se oponga a la Resolución 2699 del Consejo de Seguridad de la ONU”. La resolución 2699 es la que aprobó el Consejo de Seguridad para la conformación de la fuerza multinacional interventora.

Al excluir a quienes se oponen a la intervención militar, el texto del acuerdo está confesando que excluyó un vasto y diverso abanico de movimientos sociales, organizaciones populares, intelectuales, fuerzas de izquierda y líderes político-sociales, que encabezaron en Haití movilizaciones, huelgas y protestas multitudinarias; exigiendo la destitución de Jovenel Moises, primero, y la de Ariel Henry, después. y oponiéndose al mismo tiempo a toda intervención extranjera.

Con ese tipo de exclusión han vetado precisamente a quienes en Haití demandaron y demandan “Una transición soberana a la democracia, sin intervención imperialista”.

La transición impuesta, por tanto, no es haitiana; como no lo es la matriz de una crisis creada por una cruel opresión del imperialismo occidental (encabezado por EEUU), que no logra esconder sus raíces racistas.

Ese acuerdo ha sido fraguado precisamente por quienes crearon y armaron las bandas paramilitares, que actualmente utilizan para atacar la sede del gobierno, ampliar el caos y procurar “justificar” los nuevos desembarcos militares.

La intervención militar es un hecho incontrovertible a la luz del primer desembarco de marines ya ejecutado, mientras la transición hacia nuevos fraudes electorales pasa a ser dirigida por un gobierno colegiado pro-invasión militar extranjera. A Henry, vuelto bagazo, lo obligaron a dimitir para abrirle paso a esta nueva fórmula imperial.

Entre los adherentes de Haití y del exterior a ese acuerdo intervencionista hay actores impenitentes y hay casos que podrían ser producto de desconocimientos de las raíces del problema.

Posiblemente entre los integrantes de la CARICOM no todos tengan la misma culpa.

Es sí muy lamentable, que un gobierno tan digno como el mexicano, no haya rechazado la resolución de la ONU ni objetado ese acuerdo bochornoso. Debería reflexionar y corregir ese grave error.

Brasil, nueva vez, con Lula al frente de su gobierno, decidió actuar contra la autodeterminación de Haití, a pesar del desastre provocado por la MINUSTAH.

Su posición respecto a Haití contrasta con su firme condena del holocausto palestino, a pesar de ambos pueblos están entre los que más han sufrido la crueldad de una opresión y una discriminación realmente implacables.

LAVALAS, liderada por Jean Beltrand Arístides, hace tiempo claudicó frente a EEUU.

El Acuerdo MONTANA, que tanta esperanza generó con su actitud independiente, se dividió y una parte de sus organizaciones usurparon su nombre para plasmar su firma de rendición.

Guy Phillips no puede ir al Consejo por la narco-condena que carga en su mochila, pero está la Petite Desalinee, que es la organización que lo respaldó.

Del imperio, de sus hermanos y sobrinos carnales, no podía esperarse otra cosa, mientras lo peor de su agresiva y cruel decadencia sigue pendiente; al tiempo que, paso a paso, y dolor a dolor, sigue gestándose la insurgencia global y la descomposición en sus entrañas, que lo va a derrotar.

Es cuestión de acumulación, tiempo y desgarraduras sucesivas.

La contrapartida sigue creciendo.

**Jimmy 'Barbecue' Chérizier: el gángster detrás de la violencia en Haití que puede tener sus propias aspiraciones políticas**

[Amalendu Misra](https://theconversation.com/profiles/amalendu-misra-176979), 12 de marzo de 2024, <https://theconversation.com/>

Un levantamiento violento en la nación caribeña de Haití ha puesto la atención en el hombre que lidera el caos: un jefe de una pandilla homicida y ex policía llamado Jimmy “Barbecue” Chérizier.

En las últimas dos semanas, las poderosas pandillas de Haití han sumido en coma a un país que ya recibía soporte vital. Más de [3.800 criminales empedernidos](https://www.bbc.co.uk/news/world-latin-america-68462851) fueron liberados de las dos cárceles más grandes de Haití, el aeropuerto internacional del país ha sido parcialmente tomado y las pandillas han [intentado apoderarse](https://www.bbc.co.uk/news/world-latin-america-68531759) del barrio político de su capital, Puerto Príncipe.

Tras la reciente ola de violencia, el presidente interino del país, Ariel Henry, acordó [dimitir](https://www.bbc.co.uk/news/world-latin-america-68541349) una vez que se haya creado un consejo de transición para gobernar el país. Henry se ha convertido en un paria en la política haitiana. Es un líder no electo que asumió el poder después del [asesinato](https://www.bbc.co.uk/news/world-latin-america-57762246) del presidente de Haití en 2021 y ha presidido la [caída económica](https://news.un.org/en/story/2022/10/1129537?utm_term=63bfaeecfacb1506e4d4474705eee640&utm_campaign=FirstEdition&utm_source=esp&utm_medium=Email&CMP=firstedition_email) del país .

No está claro cómo se resolverá la actual crisis política. Pero Chérizier ha surgido de la insurrección armada como el líder más formidable de Haití, y algunos sospechan que puede tener sus propias aspiraciones políticas.

Ha [afirmado](https://abcnews.go.com/International/haitis-notorious-gang-leader-plots-future-amid-rebellion/story?id=107994731) que está librando una especie de guerra santa por el alma de Haití, devolviéndola “de nuevo a las manos de su pueblo elegido, el haitiano común y corriente golpeado por años de abuso, racismo y corrupción”.

Sin embargo, hay una pregunta crucial. ¿Podrá Chérizier reinventarse y pasar de ser un temido jefe del hampa a convertirse en un líder político legítimo?

La historia de Haití está repleta de líderes políticos con pasados ​​muy dudosos y los ciudadanos del país están acostumbrados a sus maquinaciones violentas. François “Papa Doc” Duvalier, un [dictador despiadado](https://www.britannica.com/biography/Francois-Duvalier) que fue presidente del país entre 1957 y 1971, institucionalizó las pandillas y las hizo parte de la vida cotidiana del pueblo haitiano.

Su milicia personal, los [Tonton Macoute](https://www.nytimes.com/1971/04/23/archives/papa-doc-a-ruthless-dictator-kept-the-haitians-in-illiteracy-and.html) , recibió licencia para secuestrar, torturar y matar a miles de sus compatriotas haitianos durante su brutal reinado. A pesar de esto, Papa Doc disfrutaba de una gran admiración y afecto por parte de aquellos a quienes dominaba con mano de hierro. Esto se debió, en gran parte, a su política de clientelismo y su estilo único de nacionalismo negro “de base”.

Siguiendo ese antecedente, Chérizier no es un outsider poco común. Puede que sea un criminal homicida, pero también goza de un estatus de culto en Puerto Príncipe. [Los murales](https://www.theguardian.com/world/2024/mar/10/haiti-gang-boss-kingpin-barbecue-jimmy-cherizier) en los empobrecidos barrios haitianos que gobierna como su feudo privado lo comparan con el líder guerrillero argentino, Ernesto “Che” Guevara. En un país con escasez de líderes altos, Chérizier es una figura descomunal.

Su alias, [“Barbecue”](https://www.express.co.uk/news/world/1873542/haiti-gang-leader-barbecue) , que se ganó gracias a su afición por quemar vivos a sus oponentes, le ha ayudado a construir una imagen de “tipo duro”, un rasgo de carácter esencial para cualquier aspirante a líder en este país violento. El último líder político de importancia de Haití, Papa Doc Duvalier, tenía esto en abundancia.

Pero a diferencia de otros líderes de pandillas contemporáneos en Haití, Chérizier es un hombre con cerebro. Es elocuente, consciente y piensa en grande. Lejos del tradicional jefe de pandilla que existe en el crepúsculo, busca activamente ser el centro de atención.

Le gusta dar entrevistas y hace un esfuerzo adicional para impresionar a la audiencia con su celo político revolucionario. Durante el año pasado, recibió a una [sucesión de periodistas extranjeros](https://www.youtube.com/watch?v=qyGnxdDOGHo) en los barrios controlados por pandillas de Puerto Príncipe en un intento de justificar el levantamiento. Según Chérizier, su estilo de política callejera violenta está muy en sintonía con las necesidades del momento.

**Perspicacia política**

La actual inestabilidad política en Haití ha sido fabricada en gran medida por Chérizier y las pandillas que lidera como una estrategia de supervivencia inteligentemente pensada. Pero también se expresa en una lectura astuta del sentimiento nacional haitiano y del estado de ánimo popular.

En 2023, el consejo de seguridad de la ONU [aprobó](https://apnews.com/article/haiti-un-kenya-armed-force-resolution-3749ac5db9d6c5903e61dee7b4206e6c) el despliegue de una fuerza multinacional de mantenimiento de la paz liderada por Kenia en Haití para controlar a las pandillas y su espiral de violencia. El secretario general de la ONU, António Guterres, [subrayó](https://www.bbc.co.uk/news/world-africa-66946156) que se necesita un “uso contundente de la fuerza” para desarmar a las pandillas y restablecer el orden. Sin embargo, la misión posteriormente se estancó.

Con toda probabilidad, una intervención de este tipo socavaría gravemente el poder de las pandillas haitianas. Entonces, por un lado, la decisión de Chérizier de provocar un levantamiento político puede verse como una estrategia planificada para ahuyentar a cualquier fuerza externa que intente imponer el orden.

Pero los haitianos tradicionalmente se han [opuesto](https://www.npr.org/2022/11/04/1131254613/haiti-sanctions-foreign-intervention-protests-gangs-cholera) a cualquier intervención extranjera en sus asuntos internos, independientemente del estado de desorden o caos. Como pueblo ferozmente independiente, se enorgullecen de ser la primera república negra que surgió después de una exitosa [revuelta de esclavos](https://www.britannica.com/topic/Haitian-Revolution#ref343634) durante el pleno pleno del colonialismo europeo.

Chérizier ha utilizado la impopularidad y la controvertida decisión de Henry de desplegar agentes de policía extranjeros en el país para generar un fervor violento en todo el país por el cambio político. En una videollamada a [ABC News](https://abcnews.go.com/International/haitis-notorious-gang-leader-plots-future-amid-rebellion/story?id=107994731) el 11 de marzo, dijo: “El primer paso es derrocar a Ariel Henry y luego comenzaremos la verdadera lucha contra el sistema actual, el sistema de oligarcas corruptos y políticos tradicionales corruptos”.

En el pasado, Chérizier ha planteado su propio [“plan de paz”](https://www.vice.com/en/article/akeyz8/haiti-jimmy-cherizier-government) para el país. Ha exigido que se conceda amnistía total a los pandilleros y que el país sea gobernado por un “consejo de sabios”, dando a entender que líderes como él tendrían un papel político formal.

Ahora que Henry está fuera de la escena política, la posibilidad de que los haitianos se vean obligados a aceptar ese resultado puede no ser descabellada después de todo.

**Radiografía de la intervención: ¿por qué Estados Unidos quiere ocupar militarmente Haití?**

Lautaro Rivara, 24 de octubre de 2022, [www.alainet.info](http://www.alainet.info)

**Estado de excepción permanente: un círculo vicioso**

Desde hace casi 20 años Haití vive un estado de excepción permanente: la historia reciente del país es una especie de serpiente que amenaza con morderse la cola y volver al punto de partida. La primera excepción fue geopolítica y militar, como la amenaza que se cierne hoy por hoy sobre el país con el pedido del Primer Ministro Ariel Henry, los Estados Unidos y las Naciones Unidas de intervenir el país, por décima vez en los últimos 30 años.

Fue en el año 2004 cuando la escalada de las tensiones entre el gobierno del ex presidente Jean-Bertrand Aristide y sus opositores alcanzó su clímax, sin desbordar lo que hasta ese momento era una lucha facciosa estrictamente local. Aristide había sido el primer gobernante democráticamente electo en la tortuosa post-dictadura consumada tras la caída de la dictadura vitalicia del clan Duvalier, removido luego por un golpe de Estado apoyado por los Estados Unidos y perpetrado por las fuerzas armadas locales, y retornado luego al poder con la propia mediación de la administración de Bill Clinton.

En ese contexto de crisis interna, una fuerza de despliegue rápido compuesta por tropas y equipamiento militar de Estados Unidos, Francia y Canadá ocupó el país, preparando las condiciones para lo que sería, obtenido el “consenso” post facto para lo que había sido una acción completamente unilateral, el futuro despliegue de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití (MINUSTAH). Llamada a permanecer en el país seis meses, esta misión estuvo en el país 13 años, hasta el 2017, con la participación de numerosos continentes militares latinoamericanos -con la honrosa excepción de Venezuela y Cuba- y con balances que ya hemos detallado en otras ocasiones. Fue el ciclo de la MINUSTAH el que terminó de desestructurar algo mucho más peligroso e inquietante para el establishment que el carismático y mesiánico líder salesiano, quien había asumido a su retorno una orientación cada vez más conservadora y pro-empresarial: las tropas de los Cascos Azules terminaron de destruir los últimos vestigios del que había sido el movimiento social más poderoso y radical desde la revolución de los “cinco días gloriosos” del año 1946: el movimiento Lavalas (literal y descriptivamente, avalancha, en creol haitiano).

Como sucede en los casos de misiones de paz (que más bien son de guerra o de post-guerra, administradoras de sus secuelas) en los países del Sur Global que han tenido la escasa fortuna de entrar en el radar de los intereses humanitaristas de Occidente, fue la propia Misión y sus patrocinadores (Estados Unidos, la OEA, las propias Naciones Unidas) quienes se encargaron de abonar el terreno para la gobernabilidad civil cuando el orden pretoriano de las tropas de ocupación finalmente se retiró del escenario, envuelto en rencillas internas, y fuertemente desacreditado por los casos de violencia sexual, las masacres perpetradas en barrios populares y la introducción en el país de la epidemia de cólera.

Es en ese contexto que emerge el Pati Ayisyen Tèt Kale (Partido Haitiano de los Cabezas Rapadas en su traducción más literal), una formación política de laboratorio, una criatura incubada por la “comunidad internacional” con financiamiento externo y el reclutamiento de elementos pronorteamericanos de la diáspora haitiana en los Estados Unidos y de elementos residuales del duvalierismo, en particular de los tristemente célebres Tonton Macoutes, la fuerza de choque paramilitar creadas por François Duvalier con entrenamiento y financiamiento de la CIA. Su propio líder, y primer presidente surgido de este agrupamiento político, el cantante de konpa Michel Martelly, fue él mismo un macoute durante su juventud. No es casual que la curva de deterioro más grave de la situación haitiana coincida bastante perfectamente con la llegada al poder del PHTK en el año 2011, un partido que hoy podríamos asimilar a las derechas emergentes y reaccionarias como la de Jair Bolsonaro en Brasil, Viktor Orbán en Hungría o Donad Trump en Estados Unidos, por citar algunos ejemplos emblemáticos de diferentes regiones del globo.

Fue este partido el que estableció el segundo estado de excepción, de tipo político-institucional, y gobernó el país antes y después de la partida de la MINUSTAH y su misión sucesora, la MINUJUSTH. El carácter autoritario de esta formación se profundizó con la llegada al poder del ex presidente Jovenel Moïse, que consumó, a lo largo de su mandato, la ruptura del orden democrático del país, violando su mandato constitucional, estableciendo relaciones de promiscuidad con el crimen organizado, suspendiendo los actos electorales, cerrando virtualmente el congreso de la república e interviniendo los principales tribunales del país.

Pero el precario orden establecido por el PHTK y sus aliados internacionales comenzó a erosionarse desde la misma llegada el poder de Moïse: las denuncias de fraude masivo de los comicios que lo llevaron a la presidencia, las llamadas «marchas del hambre», los reclamos de las trabajadores y trabajadores de las zonas francas industriales por salario mínimo y el impacto del Huracán Matthew en 2016 comenzaron a socavar su escasísima legitimidad de origen. El equilibro terminó de saltar por los aires con la insurrección popular de julio de 2018 contra el aumento de los combustibles impulsados por el gobierno por recomendación del FMI, y más tarde con el escándalo suscitado por el desfalco, de parte de la clase política haitiana, del dinero líquido disponible en las arcas del Estado por la muy ventajosa participación de Haití en la plataforma energética Petrocaribe. Mas tarde Moïse se retiraría de ella forma unilateral, iniciando una crisis energética crónica en un país que volvió entonces al oneroso mercado norteamericano de carburante.

Fue entonces que comenzó el tercero de los estados de excepción: cuando la excepción geopolítica y militar de la MINUSTAH ya había abandonado el país, y cuando el estado de excepción político-institucional se demostró incapaz de poner un dique de contención al masivo descontento popular mostrado en las calles del país, las clases dominantes locales y sus aliados internacionales comenzaron a ensayar otra estrategia: la paramilitarización del país. De hecho, y coincidentemente con el pico de las protestas, comenzaron a ingresar en Haití– siendo detectados por las propias autoridades policiales locales- mercenarios y ex marines estadounidenses que arribaron al país precisamente para armar, entrenar y financiar a estos grupos criminales, dado que estos juegan en el país un inestimable rol en la represión paramilitar del movimiento social organizado, al inducir un terror generalizado que, con bastante éxito, inhibió por un tiempo el ciclo de movilización masiva y permanente que inició allá por el año 2018.

Por último, en julio de 2021, un hecho volvió a enturbiar las aguas de la política nacional: el magnicidio de Jovenel Moïse, perpetrado por un pelotón de mercenarios colombianos y estadounidenses: su investigación no ha arrojado a la fecha ningún avance, no sólo en lo que concierne al poder judicial haitiano, sino también en relación a las líneas de investigación abiertas por la justicia de los propios Estados Unidos. Sean cual sean las motivaciones profundas del magnicidio -hemos trazado algunas hipótesis en otros artículos-, y considerando las serias sospechas que recaen sobre el propio entorno del ex presidente y su propio partido político, la realidad es que su asesinato permitió instalar el cuarto estado de excepción –y un estado de sitio formalmente declarado- llevando al poder interino a Ariel Henry, induciendo un estado de shock generalizado y justificando la postergación ad infinitum de la normalización política y electoral que por fin había prometido Moïse en los últimos estertores de su mandato.

Pero tampoco Henry ha logrado estabilizar la proa del país, ni siquiera en términos represivos, ya ni hablar de los consensuales. A nivel interno, Henry concita el apoyo de tan sólo una parte de la burguesía importadora y de la oligarquía haitiana, las dos fracciones principales de las clases dominantes locales. Incluso poderosas familias de la clase dominante mulata, negra y sirio-libanesa están en contra de su permanencia en el poder, en parte por el mismo motivo por el que fueron parte de la oposición del último tramo del mandato de Moïse: porque en la inestabilidad y el desgobierno crónicos, algunos sectores del capital no encuentran las condiciones mínimas para garantizar su reproducción ampliada.

Por mencionar un ejemplo: las maquilas necesitan a sus trabajadores en las fábricas y no en las calles; los capitales de la energía eléctrica necesitan del abastecimiento de combustible para poder generarla y venderla; las concesionarias de autos precisan de la capitalización más elemental de las clases medias y medias altas para vender sus vehículos; y los importadores necesitan de una frontera estable y abierta con la República Dominicana. Eso sin contar los poderosos intereses internacionales, vinculados a la agricultura de los monocultivos de exportación, las iniciativas megamineras, los proyectos turísticos de enclave, las zonas francas industriales y las remesas de la diaspora. El principal apoyo y puntal de Henry, como el de los gobiernos de Michel Martelly y Jovenel Moïse, es internacional, lo que explica que todas las movilizaciones contra su gobierno se dirijan de manera invariable, y aún antes de la propuesta formal de intervención, contra las embajadas de Estados Unidos, Francia, Canadá, o contra establecimientos de las Naciones Unidas y la Unión Europea. Pero los factores puramente externos no son suficientes para garantizar el orden, o al menos no de forma permanente: hasta el poderoso Imperio Británico precisaba de los llamados sepoy (más conocidos por su castellanización, cipayos) para garantizar su dominio colonial.

**Salir del laberinto**

El debate político sobre Haití parece estar entrampado: hay quiénes aducen que es imposible realizar elecciones, convocar a un gobierno de transición o normalizar la situación política e institucional del país en un contexto de violencia y proliferación de grupos criminales y bandas paramilitares. Se trata de los mismos que paradójicamente impulsaron la celebración de elecciones muy discutidas en contextos tan dramáticos como los que en 2010 tuvieron como telón de fondo la mayor catástrofe natural de la historia del país, el sismo del 12 de enero que se cobró más de 300 mil víctimas fatales; o quiénes convalidaron numerosas elecciones realizadas bajo el estado de excepción permanente de la ocupación militar multilateral de la MINUSTAH a lo largo de 13 largos años.

La razón de esta negativa del PHTK, las clases dominantes haitianas y sus aliados euro-norteamericanos a celebrar elecciones es mucho más sencilla y tanto menos humanitaria: cualquier candidatura que presentara el establishment en este contexto de total descrédito, perdería holgadamente frente a cualquier contendor progresista o de izquierda, o incluso frente a algún outsider imprevisible. Vale la pena recordar que el antecesor de Henry, Jovenel Moïse, llegó al poder tras dos elecciones consecutivas calificadas de fraudulentas por numerosos actores nacionales e internacionales, y que aún así se hizo con la presidencia con una participación de tan sólo el 18 por ciento del padrón electoral. Pero por lo menos Moïse fue votado: Henry, en cambio, ejerce hoy por hoy un cargo interino, para el que fue designado de manera ridícula e inédita por un tweet del Core Group, el autodenominado “grupo de países amigos de Haití” que nuclea a las principales potencias con intereses económicos y geopolíticos en el país, tales como Estados Unidos, Francia, Canadá y otros. El mandato de Henry debió cesar el 7 de febrero del presente año y debieron celebrarse elecciones que nunca fueron convocadas. Además, la constitución haitiana reconoce como principal autoridad nacional a un presidente hoy por hoy inexistente, y no a un Primer Ministro que debería ser elegido por el propio presidente para fungir tan sólo como jefe de gobierno.

La trampa, entonces, es señalar que no hay soluciones nacionales a los problemas nacionales de Haití, y que la crisis de inseguridad puede y debe prolongar hasta una fecha indeterminada la situación de crisis política, institucional y económica. Muy por el contrario, la ausencia de una autoridad política con un mínimo de legitimidad política y consenso social es el principal motivo para explicar la total parálisis del Estado haitiano, y su total incapacidad para afrontar problemas elementales de índole económica, social o securitaria. ¿Cómo puede, por ejemplo, una Policía Nacional empobrecida, debilitada, desmoralizada y carente de conducción y mando hacer frente a poderosos grupos criminales pertrechados con el masivo tráfico de armas proveniente de los Estados Unidos? ¿Y cómo podría, en cambio, una fuerza militar internacional hacer frente a un problema de seguridad esencialmente nacional, haciendo abstracción de sus bases económicas -las políticas económicas austericidas- y geopolíticas -la propia implicación de mercenarios y armas de los Estados Unidos en las propias bandas armadas? Una de las críticas unánimes a la MINUSTAH fue el error operacional de utilizar fuerzas militares, no capacitadas para afrontar problemas de seguridad interior, en funciones esencialmente policiales. Esto podría agravarse enormemente considerando el fortalecimiento de los grupos criminales en los últimos años. Más aún considerando el extendido rechazo que la idea de una ocupación genera en la población haitiana. Un enfrentamiento a gran escala entre una misión militar multilateral y las bandas locales colocaría a las poblaciones, en particular a las más vulnerables, como rehenes de un conflicto de características, ahora, internacionales.

El otro lado de esta trampa tiene que ver con la invisibilización de las numerosas propuestas que la propia sociedad civil y las propias fuerzas haitianas han venido elaborando de manera pública y manifiesta en los últimos años de crisis: algunas de ellas proponen la celebración inmediata de elecciones. Otras, quizás las mayoritarias, se han nucleado en el llamado Acuerdo de Montana, una coalición en la que varios cientos de organizaciones políticas, sindicales, campesinas, religiosas y de todo tipo, eligieron a un Consejo Nacional de Transición y elaboraron un Plan de Transición para tomar las riendas del Estado con la participación de un amplio y representativo arco de fuerzas políticas y sociales. El Acuerdo de Montana prevé un gobierno colegiado e interino que pueda hacer frente a algunas de los problemas más perentorios que aquejan a la población haitiana, como la inflación, el hambre y la situación de inseguridad, así como introducir una reforma política que pueda garantizar en un plazo de dos a tres años los primeros comicios limpios y transparentes en mucho tiempo. En definitiva, las alternativas son varias, pero todas son y han de ser forzosamente nacionales, partiendo del respeto de la soberanía y la autodeterminación de la más antigua república independiente constituida al sur del Río Bravo, so pena de agravar e internacionalizar los dramas del país.

**El Consejo de Seguridad**

La línea intervencionista sufrió un importante revés en el último Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Allí, el veto casi garantizado de China y Rusia a la intervención militar impulsada por Estados Unidos, llevó a que los estadounidenses, junto a México, propusieran una salida más consensual focalizada en la aplicación de una serie de sanciones legales y financieras a las bandas armadas. Más allá de la eficacia relativa que puedan tener estas medidas, esto otorga algo de tiempo para maximizar la presión internacional contra una intervención que Estados Unidos podría impulsar de forma unilateral, sin el necesario apoyo del organismo supranacional (como lo ha hecho con regularidad en los últimos años).

Incluso, la propia resolución firmada por los 15 miembros del Consejo revalidó la aplicación a Haití del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, que considera al país una “amenaza para la paz y la seguridad de la región”, sosteniendo en alto la espada de Damocles que puede dar coartada legal a una próxima intervención. Estados Unidos ya adelantó que está preparando otro borrador de resolución para avalar la ocupación de la nación caribeña.

Una intervención que no es nada novedosa ni puede arrojar resultados distintos a los del pasado: una decena de misiones militares o civiles ocuparon el país en los últimos 30 años, persiguiendo los objetivos declarados de alcanzar la “estabilización”, la “paz” o la “justicia” en el país. Como un comunicado de la propia OEA reconoció hace pocos meses, esta política de intervención ha fracasado rotundamente. ¿Por qué habría de tener éxito ahora, en condiciones sociales aún más dramáticas y explosivas que las de ayer? El oneroso costo de una misión como la MINUSTAH equivale hoy a la mitad del PBI haitiano. Esos recursos podrían ser utilizados en sistemas de agua potable, en una red eléctrica nacional, en vacunas o en apoyos al campesinado y estímulos a la producción agrícola. No deben ser utilizados en tanques y armas, en un escenario que podría propiciar una guerra civil de características internacionales. Los principales motivos esgrimidos para lanzar una nueva ocupación internacional en Haití son responsabilidad directa o indirecta de los mismos actores internacionales que hoy promueven la intervención. Nada bueno puede salir de eso.

**EE.UU. y ONU decidieron invadir militarmente Haití**

Narciso Isa Conde, 9 de octubre de 2022

Denunciamos anticipadamente que el trajín de pedido de “ayuda” para Haití a la llamada “Comunidad Internacional” perseguía preparar el terreno para invadir ese país militarmente. La ONU es el instrumento y el Gobierno títere de Henry la solicita servilmente luego de que Luis Abinader, y otros gobernadores de colonia, decidieron “picharle” el juego a Mr. Biden.

Denunciamos ahora que esa inminente y ominosa ocupación militar no es contra las bandas armadas que EEUU y gobiernos mafiosos formaron, sino contra el pueblo hambreado, indignado y movilizado que exige destitución de Ariel Henry y su oprobioso régimen. El caos con que se quiere justificar lo planificó EEUU, incluidas las bandas parapoliciales.

Todo eso se hizo en el curso de la anterior invasión militar, en las narices de la oficina de la ONU y con la complicidad de las fuerzas interventoras de la MINUSTAH, Israel, Colombia, Brasil y los gobiernos mafiosos de Martely, Moises y ahora Henry.

Colombia tuvo a cargo los mercenarios y usó su Embajada en República Dominicana con el General Montoya, Chaux Mosquera y otros embajadores a la cabeza, para en alianza con las corrompidas cúpulas militares y policiales dominicanas, aprovechar nuestro país como puente.

Brasil fue parte relevante de la anterior intervención militar Haití que lo empeoró todo y trajo hasta el cólera a la isla, que curiosamente reaparece en estos días.

No olvidemos que es vieja la conjura racista y colonialista del imperialismo occidental contra el heroico pueblo negro que conquistó la primera independencia, erradicó la esclavitud en su territorio ocupado por Francia y contribuyó a abolirla en la parte oriental de esta isla dominada por el Imperio Español.

Pero además hay que tener presente que Haití posee reservas de litio, titanio y tierras raras y que en nuestro país hay titanio y tierra raras en la zona fronteriza, por lo que el Pentágono y el complejo militar industrial y financiero de EEUU se resisten a perder el control sobre esos minerales estratégicos de la isla.

Por eso, EEUU tratará de aplastar la solución haitiana a esta nueva crisis de gobernabilidad; solución soberana asumida en las calles por multitudes que han paralizado ese país.

Por eso, el Comando Sur del Pentágono e Israel, desde hace varios años, tutelan las fuerzas militares y empresariales que intervienen en la frontera dominico-haitiana y negocian con ellas; reforzando el control bajo el pretexto de asesorar la construcción de muro fronterizo. Abinader es solo un pelele al servicio de esos designios.

Es importante no confundir el engendro imperialista de las pandillas con el pueblo haitiano. Las bandas no equivalen a las grandes masas movilizadas, sino que se aprovechan de la situación e infiltran el poderoso movimiento político-social haitiano, que de todas maneras ha pasado a primer plano y no asume sus desafueros, más bien procura contrarrestarlos y aislarlos.

El pueblo haitiano en las calles demandando un gobierno de transición escogido soberanamente, el cese de la carestía potenciada por el aumento de los combustibles y soluciones haitianas a la crisis provocada por las potencias imperialistas, la oligarquía voraz y los gobiernos y partidos gansteriles.

Merece, en consecuencia, un fuerte apoyo de las fuerzas latino-caribeñas y mundiales partidarias de la justicia, la libertad y la autodeterminación de los pueblos.

El pedido de otro tipo de ayudas es hipócrita y la usan para adornar una invasión de consecuencias imprevisibles, seguramente trágicas.

Los victimarios del pueblo haitiano son las potencias coloniales y neocoloniales, entre las que sobresalen Francia, EEUU y Canadá. Ellas han saqueado las riquezas de su territorio, empobrecido a su pueblo e invadido militarmente a Haití en diversas ocasiones. A ellas hay que exigirles el pago de una inmensa deuda social con ese pueblo, no simplemente pedirle ayuda.

Los victimarios nunca ayudarán a sus víctimas y las deudas sociales se arrebatan, no se mendigan.

Los responsables e instigadores de esa anunciada invasión merecen el repudio mundial.

El pueblo haitiano debe ser defendido y respaldado en su justa indignación y rebeldía.

**Rebelión popular en Haití apunta contra fórmula imperial a favor del caos**

Narciso Isa Conde, 19 de septiembre de 2022 / <https://kaosenlared.net/>

En homenaje a Jorge Beinstein

En Haití, el pasado viernes 16 de septiembre, los movimientos sociales en lucha, coordinados en el espacio de unidad que responde al nombre de “KONBIT de organizaciones políticas, sindicales y populares”, emitió una nota de prensa, cuyos párrafos fundamentales merecen ser destacados en este esfuerzo de aproximación a lo que acontece en ese país hermano, estremecido por una nueva rebelión de su empobrecido pueblo:

– El KONBIT (1) saludó “el coraje y la determinación del pueblo que reivindica en las calles sus derechos y que se puso de pie para exigir el derrocamiento de este sistema de opresión.

– Planteó que el presidente Ariel Henry “debe dejar el poder de inmediato, un nuevo equipo de gobierno debe tomar la jefatura del Estado permitiendo así una transición soberana para sentar las bases de otro Estado que exige el pueblo”.

– Aplaudió a las masas populares “que se levantaron en los cuatro rincones del país para denunciar la inseguridad, el hambre, el aumento criminal de los precios de los combustibles y la injerencia del CORE GROUP (2) y, sobre todo, para exigir la salida de Ariel Henry y sus acólitos de la dirección del Estado”.

-Denunció que el PHTK (3), partido de gobierno, la burguesía mafiosa y sus aliados de la comunidad internacional “pretenden hacer de nuestro país un infierno donde los pandilleros, que son los operadores políticos del PHTK y del CORE GROUP, hacen lo que quieren” como forma de crear “todo tipo de inseguridad que les permita robar varias riquezas de nuestro país.”

– El Konbit exhortó a la población en general a que “levante aún más altas las barricadas para obligar a Ariel Henry a dejar el poder de inmediato.”

-Llamó a los actores del Acuerdo de Montana (4) y a todos los sectores que velan por los intereses del país “que comprendan la necesidad de una unidad urgente para encontrar rápidamente una solución correcta en el interés de las masas que se levantan en todo el país” para “encontrar rápidamente un acuerdo sobre el equipo de gobierno que debe reemplazar rápidamente al equipo de facto de Ariel Henry”, y acordar “un programa político, económico, social que debe implementarse para aliviar al pueblo que está reclamando sus derechos en las calles…”

La nota de prensa fue responsablemente firmada por cinco de los líderes del KONBIT: Patrick Joseph / Guy Numa /Jean-Paul Bastien/ Olrich Jean Pierre /Josué Merilien.

**El valor de la actitud del KONBIT**.

Esta nota tiene la virtud de poner en evidencia a los responsables de un caos fríamente calculado y provocado, a cuyos protagonistas y beneficiarios de dentro y fuera de Haití solo podría derrotar una gran determinación del pueblo haitiano movilizado, que concite a la vez un gran respaldo de fuerzas antiimperialistas, alternativas a la Comunidad Internacional imperialista.

El pueblo haitiano ha sido víctima histórica del colonialismo que no le permitió consolidar su hazaña del 1804 (primera independencia de nuestra América, revolución social antiesclavista, república soberana negra) y también de una larga y cruel etapa de neocolonialismo imperialista; que ahora, a cargo de EE.UU –tal y como lo describe Jorge Beinstein(5) en su libro “*Ilusión del metacontrol imperial del caos*” – incluye modificaciones en su sistema de intervención militar para sembrar el caos (Marxismo Crítico, 11-03-2013).

**Jorge Beinstein, Haití y las mutaciones de las guerras imperialistas.**

Beinstein define de la siguiente manera la fórmula con la que el Pentágono ha variado su sistema de intervención militar más allá de “la guerra de baja intensidad” aplicada en Nicaragua y Centro América en la décadas de los 80, desarrollando y superando también la llamada “guerra de cuarta generación” en boga en las últimas décadas:

-Es una guerra –puntualiza de entrada- en la que “son borradas las fronteras entre las áreas civil y militar: toda la sociedad enemiga en especial su identidad cultural pasa a ser el objetivo de la guerra.”

La define como una guerra “descentralizada, poniendo el énfasis en la utilización de fuerzas militares “no estatales” (es decir paramilitares), empleando tácticas de desgaste propias de las guerrillas, etc. A ello se agrega el empleo intenso del sistema mediático tanto focalizado contra la sociedad enemiga como abarcando a la llamada “opinión pública global” (el pueblo enemigo es al mismo tiempo atacado psicológicamente y aislado del mundo) combinado con acciones de guerra de alto nivel tecnológico.”

“En este último caso-agrega– se trata de aprovechar la gigantesca brecha tecnológica existente entre el imperio y la periferia para golpearla sin peligro de respuesta, es lo que los especialistas denominan confrontación asimétrica “high-tech/no-tech”. (Obra citada)

En lo que se refiere a Haití, es notorio que ha sido una intervención persistente de una especie de “lumpen imperialismo”, que promueve un capitalismo para élites gansterizadas.

De una intervención cívico-militar dirigida “contra la identidad cultural” de esa Nación “como objetivo de guerra” que combina unidades militares gubernamentales (policía regular) con bandas paramilitares y mercenarios extranjeros (sobre todo colombianos).

Y uno de los recursos de esa intervención para torpedear y dinamitar la fuerte identidad nacional de ese pueblo hermano, es la desintegración social vía formación de bandas armadas; que bandas que delimitan sus propios territorios, fracturan la sociedad y hacen la guerra entre sí y contra todos los objetivos útiles para manutención y enriquecimiento.

La más reciente intervención militar de EEUU, apoyada por Francia, Canadá, Brasil y otros países -bendecida y bautizada por la ONU con el nombre de MINUSTAH (6)- fue usada para apoyar la Mafia Política-Empresarial del PHTK (Partido de las Cabezas Raspadas) y sostener los gobiernos gansteriles de Martely y Moises; continuados ahora por el repudiado e inepto régimen que preside Ariel Henry, con apoyo estadounidense y protección mediática global.

La MINUSTAH se encargó de crear la Policía Nacional, que al servicio de los gobiernos de turnos, la CÍA, la Mosaad (7) y la fábrica de mercenarios colombianos, se involucró en la formación, alimentación y protección de las bandas civiles ya descritas; avitualladas desde La Florida-EE.UU, mediante contrabando tolerado de modernos equipos militares. Modalidad paramilitar haitiana concebida para generar caos.

“La conformación –añade Beinstein- de fuerzas clandestinas no-mercenarias de elite, respaldadas por un aparato tecnológico sofisticado capaz de descargar golpes puntuales demoledores contra el enemigo… son buenos instrumentos terroristas pero no remplazan las funciones de un ejército de ocupación…” Pero así – y eso es lo que se persigue- la guerra “se elitiza, se transforma en un conjunto de operaciones mafiosas, se aleja físicamente de la población norteamericana y su cúpula dominante empieza a percibirla como un juego virtual dirigido por gangsters.”

Todavía, tal fase de ese tipo de guerra imperialista, que NO es similar a una guerra civil entre facciones intestinas, no ha sido desplegada por EEUU en Haití, pero podría estar en gestación; como cualquier otra modalidad que implique mayor presencia de fuerzas militares regulares, si es que el caos bajo “control” imperial se descontrola a consecuencia de una rebelión popular soberana con fuerza para derrotar el régimen impuesto.

**Perspectivas de la fórmula imperial en Haití y más allá.**

De todas maneras, Jorge Beinstein enfatizó “que el horizonte objetivo…de la “nueva estrategia” no es el establecimiento de sólidos regímenes vasallos, ni la instalación de ocupaciones militares duraderas controlando territorios de manera directa sino más bien desestabilizar, quebrar estructuras sociales, identidades culturales, degradar o eliminar dirigentes, las experiencias de Irak y Afganistán (y México) y más recientemente las de Libia y Siria confirman esta hipótesis.”

Que más bien “se trata de la estrategia del caos periférico, de la transformación de naciones y regiones más amplias en áreas desintegradas, balcanizadas, con estados-fantasmas, clases sociales (altas, medias y bajas) profundamente degradadas sin capacidad de defensa, de resistencia ante los poderes políticos y económicos de Occidente que podrían así depredar impunemente sus recursos naturales, mercados y recursos humanos (residuales). Este imperialismo tanático del siglo XXI, se corresponde con tendencias desintegradoras en las sociedades capitalistas dominantes, en primer lugar la de los Estados Unidos.”

Tal reflexión debe tenerse bien presente acerca del modo proceder de un imperialismo occidental decadente frente a toda la isla que compartimos con Haití, en la que no es secreto la existencia de litio, tierras raras y titanio, e identidades culturales rechazadas por un poder transnacional implacable en el que se incuba cada vez con más intensidad el delirio de la supremacía blanca, como componente de la expansión del neo-fascismo imperialista.

Porque ciertamente, como sentenció este gran pensador argentino y continental, “se presenta entonces la ilusión de una suerte de meta-control estratégico desde las grandes alturas, desde las cumbres de Occidente sobre las tierras bajas, periféricas, donde pululan miles de millones de seres humanos cuyas identidades culturales e instituciones son vistas como obstáculos a la depredación. Las elites de Occidente, el imperio colectivo hegemonizado por los Estados Unidos, están cada día más convencidas de que dicha depredación prolongará su vejez, alejará el fantasma de la muerte”.

El desafío de estos millones de seres humanos y sus nuevas vanguardias revolucionarias es sumar luchas y rebeldías transformadoras, para mediante una insurgencia cada vez más global, acortar al máximo esa vejez imperial con todas sus crueldades.

Un nuevo paso en esa dirección es la actual protesta multitudinaria del empobrecido pueblo haitiano por el desplazamiento del régimen imperante y la construcción de una transición y una alternativa soberanas, al margen y arrinconando –como está aconteciendo- a los pandilleros que sirven al Core Group, al PHTK y al imperialismo occidental.

(1) KONBIT: Convite, unión, junta de movimientos sociales.

(2) CORE GROUP: formado por los embajadores de EE.UU., Francia, España, Brasil, Alemania, Canadá, UE, y representantes de la ONU y OEA.

(3) PHTK (3): Partido de las Cabezas Peladas de Haití, actualmente en el gobierno.

(4) ACUERDO DE MONTANA: firmado por cientos de organizaciones y gremios para las plataformas y para designar personalidades para los puestos de Jefe de Estado y primer ministro como parte de su propuesta de gobierno de transición de dos años, que permita sortear la aguda crisis de Haití.

(5) MINUSTAH: fuerza de intervención militar de EEUU y otros países avalada por la ONU (2004-2017)

(6) JORGE BEINSTEIN: combatiente revolucionario, intelectual marxista, académico, y economista-investigador argentino, ya fallecido.

(7) MOSAD: agencia de inteligencia israelí.

**Haití: la ocupación interminable**

Lautaro Rivara, 13 julio, 2021. [www.elsaltodiario.com/](http://www.elsaltodiario.com/)

Una periodista de una importante agencia internacional de prensa pregunta, con aparente buena fe: “¿y quién crees que debe resolver los problemas de los haitianos?”. Recuerdo entonces un viejo ejercicio lógico, que recomienda trasponer los términos o los sujetos de una afirmación para ponderar su razonabilidad.

Echando mano de él, me doy cuenta de que la pregunta, en sí misma, revela su inveterada ridiculez con tan solo aplicarla a cualquier otro país: ¿quién debe solucionar los problemas de los Estados Unidos, por ejemplo, país que vio su Capitolio asaltado por hordas trumpistas que no reconocían los resultados electorales que les fueron esquivos a su candidato? ¿Y quién debería solucionar los problemas de Francia, sacudida por las manifestaciones espasmódicas y multitudinarias de los llamados “chalecos amarillos” desde octubre de 2018, con una participación estimada, a la fecha, de más de tres millones de personas? ¿O los de Inglaterra, cuyo tumultuoso proyecto de desconexión europea, incluyó, entre otros sinsabores, la clausura del aparentemente ejemplar Parlamento británico en agosto de 2019, por decisión del Primer Ministro Boris Johnson?

Sin dudas, podríamos convenir en que los responsables de solucionar todos esos (y aún otros más graves) problemas nacionales son, respectivamente, los estadounidenses, los franceses y los británicos. ¿Por qué extraña razón, entonces, no podemos responder con la misma naturalidad cada vez que Haití entra, excepcionalmente, en la agenda global? ¿Por qué es necesario afirmar y reafirmar lo obvio, más aún considerando que se trata de un pueblo independiente desde hace 217 años?

\*\*\*

Haití ostenta varios récords en términos de intervencionismo. De todas las operaciones coloniales de reconquista sobre las nacientes repúblicas latinoamericanas y caribeñas que obtuvieron su independencia a comienzo del siglo XIX, ninguna fue tan masiva como aquella organizada en 1801 por Napoleón Bonaparte y su cuñado Emmanuel Leclerc, al mando de más de 43.000 hombres y la flota más grande de la época. Se trataba, en ese entonces, de recuperar la sublevada “Perla de las Antillas”, cuya economía esclavista de plantación significaba a la metrópolis francesa cerca de un tercio de sus ingresos. Aquella porción de isla era presa en ese entonces del fervor revolucionario que daría lugar, en 1804, al nacimiento de la República de Haití.

Como correlato de aquella libertad pionera, Haití también tendría el triste privilegio de haber sufrido el primer endeudamiento externo, impuesto por una flota de guerra francesa anclada en la Bahía de Puerto Príncipe el 17 de abril de 1825. En una de esas típicas escenas “patas arriba”, como gustaría de decir don Eduardo Galeano, los esclavistas exigían a los exesclavos una indemnización por daños y perjuicios, obligando a la nación a pagar una suma, escandalosa para la época, de 150 millones de francos.

Un total de nueve misiones de distinto signo se han sucedido en Haití en los últimos 28 años. Es más, en ese lapso, Haití sólo ha pasado, entre 2002 y el 2003, sin presencia formal extranjera

Pero no todos estos “récords” tendrían a Francia como protagonista. De los cientos de ocupaciones, invasiones, desembarcos y actos de piratería norteamericanos en este hemisferio —incluyendo la conquista de buena parte de su propio y actual territorio, arrebatado a México entre 1846 y 1848—, ninguna fue tan extensa como la ocupación de Estados Unidos, presente en Haití con sus marines los 19 largos años comprendidos entre 1915 y 1934.

Pero podemos nombrar también la participación de organismos supranacionales. De todos los países intervenidos por misiones civiles, policiales o militares de las Naciones Unidas, ninguno ha visto a tantos contingentes extranjeros tocar territorio nacional, al menos en las últimas décadas: un total de nueve misiones de distinto signo se han sucedido en los últimos 28 años. Es más, en ese lapso, Haití sólo ha pasado dos años (el 2002 y el 2003) sin presencia formal extranjera, la que se prolonga incluso hasta la actualidad, a través de la presencia de la BINUH (la Oficina Internacional de las Naciones Unidas en Haití, por sus siglas en francés) y por la aún no caducada aplicación a Haití del Artículo VII de la Carta de la ONU que rige, presuntamente, en casos de “amenazas para la paz” o “actos de agresión” y señala al Consejo de Seguridad como una especie de autoridad última en el país.

Pero es preciso aún mencionar otro caso de intervención extranjera que suele pasar desapercibida: el oenegeismo colonial. Según diversos estudios se estima en unas 12.000 las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) presentes en Haití, alcanzando la república caribeña la mayor concentración per cápita del mundo, lo que le ha valido el risueño apodo de “república de las ONGs” o, peor aún, “HaitONG”. La inmensa mayoría de estas organizaciones son, por supuesto, de origen foráneo, o cuando no simples subsidiarias locales de las grandes agencias de cooperación internacionales como la Comisión Europea o la USAID norteamericana. La suplantación del estado y sus funciones, la cooptación de líderes y lideresas locales de los organizaciones territoriales, y la difusión de todo tipo de teorías culpabilizadoras y coloniales son algunas de sus más notorias resultantes.

\*\*\*

El día 23 de noviembre del año 2018, tuvimos el triste privilegio de toparnos con el último despliegue operativo de la Misión de las Naciones Unidas para el Apoyo a la Justicia en Haití (MINUJUSTH), sucesora de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (la mucho más conocida MINUSTAH).

Bloqueados e incomunicados en Puerto Príncipe e imposibilitados de volver a nuestra localidad rural en Montrouis, literalmente nos chocamos con los Cascos Azules a apenas dos cuadras de la casa en donde una generosa familia nos alojaba mientras acompañábamos las movilizaciones y pasaban las turbulencias que tenían bloqueada la ciudad capital. Se trataba de ecos de la insurrección popular de julio de 2018 contra la “recomendación” del Fondo Monetario Internacional de eliminar los subsidios a los combustibles.

Difícilmente podríamos hacer justicia a aquella escena. En un año como aquel, convulso, dramático, heroico, en que el pueblo haitiano tomaba las calles de manera casi cotidiana de a cientos de miles de personas, las fuerzas pretorianas del orden internacional venían a coartar el legítimo derecho a la rebelión de este pueblo que siempre tiene una última palabra, un último gesto, una última revuelta sacada del fondo de unas reservas morales aparentemente inagotables.

Imaginen la avenida más importante o emblemática de la ciudad capital de cada uno de sus países. Ahora imagínenla en toda la extensión de sus varios cientos de metros, ocupada, en cada esquina, por un retén de un contingente militar de un país diferente. Así, podrían identificar allí la esquina de los pakistaníes, la de los brasileros, la de los nepalíes, la de los croatas, la de los filipinos, la de los argentinos, la de los norteamericanos, la de los franceses. Todo bien armados y pertrechados, acompañados de vehículos blindados y carros hidrantes, frente a un pueblo conmocionado, con los ojos bien abiertos, pegado a las fachadas de los edificios como si de un boxeador contra las cuerdas se tratase.

Cuenten ahora 23 esquinas, porque 23 países fueron los que llegaron a ocupar, en simultáneo, a un pueblo pacífico y desarmado, carente de fuerzas militares y sin ningún tipo de historial de agresiones a terceras repúblicas —muy por el contrario, con un largo historial de solidaridad y gestos desinteresados hacia países tan distintos como Colombia, República Dominicana, Estados Unidos o la Argentina—. Esto mismo sucedió, no una, sino cientos de veces en la Avenida de Delmas, el equivalente exacto, en Haití, de cada una de aquellas anchas avenidas capitales: una calle que corta longitudinalmente la zona metropolitana, desde la Bahía de Puerto Príncipe hasta el distrito de Pétionville, convertida en la trinchera interminable de fuerzas de ocupación multilaterales.

\*\*\*

Fácil es rebatir los argumentos intervencionistas, cuando buscan justificarse echando mano del arsenal conceptual del viejo colonialismo que todos conocemos. Cuando refieren al “salvajismo” de tribus “bárbaras”; al carácter “pre-lógico” de las mentalidades no occidentales; al “paganismo” de pueblos “animistas” y “fetichistas” que deben ser evangelizados a punta de cruces y espadas; a la “animalidad” irreductible de las negritudes y las afrodescendencias que acaso tengan alma; a la “ociosidad” y la “pereza congénitas” de sujetos que languidecen bajo el sol de los trópicos; a la “ingobernabilidad” y la necesidad de tutela de sociedades “recién” nacidas a la vida independiente; a las “ventajas comparativas” de quienes parecen condenados por la providencia a vender géneros alimenticios y minerales para importar vehículos y satélites. Pero es mucho más difícil hacer frente a los argumentos intervencionistas contemporáneos, tanto más elaborados y sofisticados, que prescinden ya de la apelación cínica pero sincera a las prerrogativas del más fuerte y el derecho de conquista.

Tanto la MINUJUSTH como la MINUSTAH fueron justificadas a su tiempo mediante una serie de pleonasmos que, aunque ya harían reír al más inventivo de nuestros escritores, no dejaron por eso de ser menos eficaces: el “intervencionismo humanitario”, la “responsabilidad de proteger”, el “principio de no indiferencia”, o “la salvaguarda de la seguridad nacional de los Estados Unidos” fueron algunas de sus coartadas. 15 años permanecieron estas fuerzas de ocupación en territorio nacional, el equivalente a tres mandatos presidenciales completos. Completamente abolidos quedaron los viejos y presuntos pilares del orden jurídico internacional, a saber, el principio de soberanía y el derecho a la autodeterminación de las naciones.

\*\*\*

Sería extenso y también ocioso hacer un balance completo del saldo de aquella intervención: periodistas, académicos, organizaciones de víctimas, movimientos de mujeres y feministas, ya lo han hecho de manera brillante y rotunda. Pero acaso podríamos mencionar: políticas sistemáticas de violencia sexual, que incluyeron abusos, pedofilia, violaciones y la participación de los Cascos Azules en redes de prostitución y trata. La perpetración de varias masacres en algunos de los barrios más populosos de la zona metropolitana, como aquella, mundialmente conocida, ocurrida en Cité Soleil: el saldo de estas escaramuzas fue el asesinato de cientos de jóvenes, la aniquilación de organizaciones enteras y la desmovilización de bastiones de resistencia popular y organización comunitaria en donde ahora florecen las organizaciones criminales, las bandas armadas y un incipiente narcotráfico.

¿Volverá la llamada “comunidad internacional” a tropezar con la misma piedra del humanismo que niega a los seres humanos, de la justicia a control remoto y de la paz de los cementerios?

Y, por supuesto, uno de los mayores crímenes de estos más de dos siglos de intervencionismo occidental en Haití: la introducción de una epidemia de cólera mediante el vertido de la MINUSTAH de un camión de residuos fecales con el vibrión de la enfermedad en un afluente del principal río del país, lo que ocasionó varios miles de víctimas fatales y más de 800 mil infectados. Los pedidos de reparación y justicia por parte de las víctimas chocaron contra la inconsistencia de unas Naciones Unidas que leyeron su supra-nacionalidad como una supra-legalidad, asumiendo su “culpabilidad” pero no su “responsabilidad” en términos jurídicos.

Mientras escribimos esto, un nuevo terremoto político sacude al país: el magnicidio del presidente de facto Jovenel Moïse en la madrugada del 7 de julio en su residencia privada en Pèlerin 5. Nuevamente, con una realidad nacional sobredeterminada desde el exterior, y con un crimen, internacionalizado, que involucra a 28 mercenarios y paramilitares de nacionalidad estadounidense y colombiana.

Frente al vacío de poder generado, e inducido por el propio Occidente mediante al apoyo a un régimen como el de Moïse que hacía año y medio había consumado la ruptura del orden democrático —sin Parlamento, sin elecciones, sin Primeros Ministros legales y con su mandato constitucional vencido—, diversas potencias y organismos se posicionan ahora en la misma senda del intervencionismo interminable.

La Colombia de Iván Duque, presente en el propio magnicidio por la presencia de militares retirados de sus Fuerzas Armadas, conmina a la Organización de Estados Americanos a intervenir de manera perentoria en la isla. El presidente norteamericano Joe Biden se manifiesta dispuesto a “ir en ayuda de Haití”, mientras el Departamento de Estado confirma el envío de agentes del FBI y de la Agencia Nacional de Seguridad. El presidente de la vecina República Dominicana, Luis Abinader, acelera los planes para construir un muro fronterizo que parta en dos la isla La Española. A su vez, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se reúne, a puerta cerrada, con Haití y su crisis como el punto central de su agenda.

¿Volverá la llamada “comunidad internacional” a tropezar con la misma piedra del humanismo que niega a los seres humanos, de la justicia a control remoto y de la paz de los cementerios? ¿Asumirá esta vez, ante una nueva y eventual intervención, su responsabilidad en el exterminio a cuentagotas, el caos inducido, la violencia sexual sistemática y la propagación de epidemias? ¿Apoyarán los Estados miembro de la ONU y de su Consejo de Seguridad, bajo cálculos mezquinos o cándidos argumentos, una nueva guerra unilateral de este tipo o cualquiera de sus variantes concebibles?

Una vez más, y por enésima vez, la espada de Damocles de la ocupación interminable pende en el aire.